

Agustín Sixto Seco ha muerto.

Sixtiño, como le llamábamos sus amigos, no era gallego, era Galicia. Cada una de sus facetas, que tenía muchísimas, estaba impregnada de ese olor a marisco y a lacón con grelos, de esa morriña, de ese fino espiritualismo, de esa fidelidad, de ese amor a la tierra, a la lengua gallega y al mar, de esa lume lumiña que verde camiña, de esa poesía y de ese color cambiante, de esa religiosidad verdadera, de esas bruxas que llegan de Castela, de esos bosques de mirtos, de abedules, de pinos gallegos, de eucaliptos y de castaños.

Sixto era un hombre extraordinario, que supo realizarse a sí mismo y cumplió ampliamente con todos sus objetivos debido a su fuerte voluntad, a su constante ilusión por todo lo que hacía, por su bondad innata que hacía que todos los que le conocíamos creyéramos siempre en su triunfo en todo lo que hacía.

Agustín nació en una pequeña aldea al borde del mar, San Vicente de Meá, del término de Mugardos; era el año 1926. Allí pasó su primera infancia con el ruido de las olas, los paseos por el puerto, la llegada de los barcos pesqueros y la ida y venida al colegio. Antes de los trece años ya iba de grumete en la barca pequeña de su abuelo Albertano que pescaba desde Mugardos a Prioriño. Su misión, que él llevaba a cabo con seriedad y cariño era, sobre todo, repartir el aguardiente que llevaba en uno recipientes de barro, a los forzados marineros.

El tiempo pasaba. Las nubes de la guerra civil se cernían sobre España y a Agustín, como a todos los de su edad, le tocó pasarla siendo todavía niño, pero ya lo suficientemente mayorcito, tenía 10 años en el comienzo, como para darse cuenta de todo lo que pasaba en su derredor. Él decía que “a miña infancia está mesturada po los desasosegos da guerra”, ya que ésta hirió gravemente a su familia tanto materna como paterna.

Terminada ésta, y ya que Agustín quería seguir estudiando, fue enviado a la Academia Repariz del Ferrol, para que hiciera el bachillerato, cosa que llevo a cabo brillantemente y en tiempo mínimo. Agustín quería ser médico, desde pequeño se lo manifestaba a su madre, y así fue. Coqueteó con la Ginecología, pero su pequeña sordera que le impedía auscultar desvió este camino inicial y el destino le



llevó a conocer al Dr. Álvarez Álvarez, conocido y prestigioso especialista en Traumatología y Cirugía Ortopédica, con el que se formó y trabajó nuestro Agustín.

Su trabajo, su curiosidad, su ilusión, su seriedad, su amor a los enfermos, sus dotes de organización, su simpatía, su don de palabra, su trato amable y educado, su sensibilidad, su receptividad y, sobre todo, su bondad, le llevaron rápidamente a la cima.

Agustín tenía cuatro amores: Dios, su familia y amigos, su profesión y la cultura, fundamentalmente la cultura gallega. Eran las cuatro cavidades de su corazón, y un corazón no late, no vive si alguna de las mismas falla. Este corazón cuatripartito mezclaba en su latir los cuatro conceptos y cualquiera de sus actos tenía siempre, sobre el que en ese momen-

to era prioritario, el matiz de los otros tres.

Todo esto le fraguó, poco a poco, y sobre sus valores personales una manera de ser y una personalidad poco común y llena de atractivo. Era muy difícil conocer a Agustín, a Sixtiño, y no quererle, como cristiano, como padre y amigo, como médico-cirujano, o como gallego. Había que ver a nuestro amigo tratar con los enfermos en la consulta o pasando visita. Entonces se le veía derramar amor, cuidado, camaradería, afecto, como si el paciente fuera Dios mismo, como si este fuera su mujer, a la que adoraba, o sus hijas. La palabra de consuelo, el tono cariñoso, la broma sonreidora..., la entrega, la comprensión. Él repetía con frecuencia aquella frase de Letamendi “cura si puedes; alivia si no puedes curar y siembra de flores el camino de la muerte”.

Otra cavidad bien rellena era la de su profesión a la que dedicó su vida. En ella desplegó todas las velas. Creó, con Fernández Albor, el Policlínico de La Rosaleda, el Hospital de La Rosaleda, referente de la cirugía gallega y portuguesa. Con las dotes de organización y la generosidad que le adornaban, llegó a ser Presidente de la Sociedad Española de Traumatología y Cirugía Ortopédica, a la que impulsó y colaboró intensamente en su moderna organización. A su muerte era miembro del Senado de nuestra Sociedad.

Agustín visitaba con frecuencia Hispanoamérica, a veces con compromisos profesionales, congresos o conferencias, a veces por motivos sentimentales ya que rara era la

“Casa de Galicia” de Venezuela, Colombia, Perú o sobre todo Argentina, en que no fuera recibido con “palmas y ramos de olivo”. El cariño a sus hermanos gallegos emigrantes, muchos compañeros de infancia, lo recordarán para siempre.

El otro amor de Agustín fue la cultura. Hombre de exquisita sensibilidad desde que inició su camino profesional en Santiago, comenzó a acercarse a la cultura gallega. Acompañado de García Sabell frecuentaba la tertulia literaria de D. Ramón Otero Pedrayo cuya Fundación, años más tarde, llegó a dirigir. Fue el Secretario del Concello da Cultura Galega; Patrono y fundador del Consello do Pobo Galego, Consejero de Galaxia, Consejero de la Fundación Penzol y del Instituto Galego da Información. De los tres personajes que admiró siempre Agustín, Otero Pedrayo, Castelao y Rosalía de Castro, fue esta última la que le ocupó más especialmente, y yo diría, más apasionadamente.

“¡Padrón...! ¡Padrón!
Santa María...Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!”

En Padrón está la casa de Rosalía, y está gracias al celo de Agustín Sixto Seco. Años de trabajo para reconstruir la casa pequeña e íntima donde vivió la poetisa, conservando cada rincón y cada detalle, cada recuerdo y cada suspiro. A ello dedicó nuestro amigo gran parte de su esfuerzo. La creación de la Fundación Rosalía de Castro y la casa-museo que se puede visitar en Padrón, frente por frente de la Fundación Camilo José Cela, en Iria Flavia. En la casa de Rosalía se puede disfrutar de casi la presencia viva de Rosalía, sus escritos, las ediciones de sus libros, pinturas, retratos, prensa, y por allí anda, de vez en cuando, el espíritu triste de Rosalía y el espíritu alegre de Agustín cantando:

“Galicia frofida
Cal ela ninguna
Da froles cuberta
Cuberta de espuma”

Me falta el último amor de Agustín. Tanto monta, monta tanto. Su familia, Fina, Fina da Silva, su mujer, su compañera y su amiga, que le acompañó en todos los proyectos y avatares, en todos los caminos y situaciones; amoroso e inseparable matrimonio. Admiradora de su marido y su mejor “fan”, como ahora se dice. Le siguen las cinco hijas de la pareja: M^a José, Carmolis, Teruca, Marié y Xandra. A Agustín le gustaba especializarse, y en este caso eligió el sexo femenino, cosa que comprendo perfectamente. Su casa era un delicioso gineceo, imposible de olvidar. Todas cuidándole con esmero y, me atrevo a decir, que con pasión y delicadeza femenina. Eran amigas, comentaban sus problemas, le reían las gracias, admiraban sus hechos, le asombraban con sus proyectos, le ayudaban en sus problemas.

Pero Agustín se fue.

Adiós montes e prados, igrexas e campanas
Adiós Sar e Sarela cubertos de enramada

Querida Fina, queridas hijas, queridos yernos, queridos nietos, en nombre de la SECOT, que me encargó escribir estas letras de recuerdo, en nombre de Paloma, mi mujer, y de todos mis hijos que tantas veces os trataron en las más diversas situaciones, y en nombre propio recibid, como decía vuestro padre “apertas fondas”

O triste son da campana
Vagoroso a min chegou
¡tocan a morto por eles...!

A modo de postdata quiero decir que yo quería mucho a Agustín Sixto Seco pero ahora, después de recapitular, recordar y pensar en él, para escribir esta necrológica, le quiero mucho más.

José de Palacios Carvajal